

El bigote de Marilyn

Tragicomedia para cinco actores, dos marionetas y una sombra.

Juan Pablo Heras González

PERSONAJES

GROUCHO.

MARILYN.

CATI.

JULIO.

PADRE.

MADRE.

HOMBRE.

MUJER.

Nota

GROUCHO y MARILYN son los GROUCHO MARX y MARILYN MONROE más prototípicos, es decir, GROUCHO con bigote, chaqué y puro y MARILYN con el vestido blanco de *La tentación vive arriba*. Su aspecto no cambiará en toda la obra. Pueden ser interpretados por dos marionetas, por un actor y una actriz o por un actor y una actriz haciendo de marionetas. La MADRE es un personaje invisible, latente, escondida siempre en un lugar oscuro iluminado sólo por su voz.

Necesito que me quieran como Diego Maradona necesita que le quieran.

RODRIGO GARCÍA (*After sun*)

I

MARILYN MONROE y GROUCHO MARX. Quizá no se miran. Quizá lo único que hacen es contemplarse el uno al otro.

GROUCHO.- Responda primero a la segunda pregunta.

MARILYN.- No.

GROUCHO.- ¿No?

MARILYN.- No.

GROUCHO.- No. Todas las mujeres me rechazan. Lo mismo que mi madre cuando le pedí que me diera el pecho y me dijo que le molestaba el humo del puro.

MARILYN.- Lo siento, Groucho. Pero no te olvides de que yo pregunté primero.

GROUCHO.- ¿Cuándo?

MARILYN.- Hace un momento...

GROUCHO.- ¿Supones que te estaba haciendo caso?

MARILYN.- Ay, Groucho. No sé para qué hablo contigo.

GROUCHO.- Je je. No te enfades... Me encanta que seas tan ingenua. Si me lo propongo, algún día te convenceré de que no existes.

MARILYN.- Tonto... ¿Me vas a responder o no?

GROUCHO.- Es difícil. La pregunta está mal hecha.

MARILYN.- ¿Por qué?

GROUCHO.- Porque presupones cosas. Si me preguntas por mi libro favorito, estás dando por hecho que sé leer.

MARILYN.- No puedo contigo. Sólo quiero saber lo que te gusta, nada más.

GROUCHO.- ¿Nada más? ¿Y no quieres saber la talla de mis zapatos? Te proporcionaría esa información por un módico precio.

MARILYN.- Cariño, por favor, sólo quiero que me respondas. Olvida lo de los libros. Lo único que quiero es conocerte mejor. ¿Qué cosas te gustan? ¿Qué cosa es la que más te gusta en el mundo?

GROUCHO.- El mundo... ¿Crees que a mí me puede gustar algo de ese sitio? Hay demasiada gente como yo.

MARILYN.- Groucho... No me gusta que te maltrates tanto a ti mismo... Ni en broma...

GROUCHO.- ¿Por qué no? Me sale más barato que alquilar un maltratador profesional.

MARILYN.- Ya vale. Dime ahora mismo lo que más te gusta en el mundo. Lo que más te gusta de todo.

GROUCHO.- Me gusta cómo me miras desde el póster de mi habitación.

MARILYN.- Groucho, sabes de sobra que esa no soy yo en realidad.

GROUCHO.- Ya lo sé. En esa foto me miras como si me quisieras.

MARILYN.- Y yo te quiero, pero esa no soy yo...

GROUCHO.- ¿Me quieres? ¿Eso quiere decir que la respuesta es sí?

MARILYN.- ¿Qué respuesta?

GROUCHO.- A la pregunta de antes.

MARILYN.- ¿Otra vez? Te he dicho que no.

GROUCHO.- Ni siquiera una sola cita... Una noche. O una tarde. Para conocernos...

MARILYN.- Ya nos conocemos...

GROUCHO.- Sí, pero no es lo mismo. Ya me entiendes.

MARILYN.- Ya. Pues por eso. No quiero que te hagas ilusiones equivocadas, ni que te llesves un chasco.

GROUCHO.- ¿Por quién me tomas? Jamás me he llevado el chasco de nadie sin su permiso. ¿Qué es lo que pasa? ¿Que «tu corazón pertenece a papá»? **(Pausa.)** ¿No respondes?

MARILYN.- Oye, Groucho.

GROUCHO.- Oigo, Marilyn.

MARILYN.- ¿Tanto echas en falta que alguien te quiera?

GROUCHO.- ¿Alguien? ¿Te refieres a ti?

MARILYN.- No. Me refiero a alguien, en general. De verdad lo necesitas si lo que más te gusta es ver como te mira un trozo de papel.

GROUCHO.- No es un trozo de papel. Eres tú.

MARILYN.- Exacto.

GROUCHO.- Le diré dos cosas, señorita. Primero: es usted demasiado retorcida como para llamarse Marilyn. Cámbiese el nombre. ¿Qué tal Groucho?

MARILYN.- El bigote no me favorece...

GROUCHO.- Segundo... Sí, necesito que alguien me quiera. Pero ese alguien sólo puede ser tú.

MARILYN.- ¿Sólo yo? ¿Tan solito estás?

GROUCHO.- Sí.

MARILYN.- Pero, ¿por qué? ¿Y tu familia? Nunca me hablas de tu familia...

GROUCHO.- Harpo está haciendo grandes progresos. Dentro de poco podrá dar bocinazos en cinco idiomas.

MARILYN.- Me refiero a tu familia real. **(Pausa.)** ¿Groucho? **(Pausa.)** ¿No quieres comentar nada?

GROUCHO.- No. ¿Es que no me escuchas cuando no te hablo?

MARILYN.- Está bien. Por cierto: he encontrado esa película. Aquella en la que salimos los dos. «Amor en conserva».

GROUCHO.- ¿«Love happy»? ¿Cómo la has conseguido? Es inencontrable.

MARILYN.- Una tiene sus contactos...

GROUCHO.- ¿Cuándo me la dejarás? ¿Cuándo podré verla?

MARILYN.- La guardaré conmigo. Sé que no la podrás conseguir de otra manera, así que será un modo de que no

pierdas el interés por mí. Te la daré cuando ya no necesite mantener tu atención.

GROUCHO.- No necesitas más que respirar para mantener mi atención. Y más vale que sigas respirando si no quieres que me enfade.

MARILYN.- Oye, Groucho. Necesitas que te quiera. ¿Y tú? ¿Me quieres a mí?

GROUCHO.- Sí.

MARILYN.- Si ni siquiera me conoces...

GROUCHO.- Lo suficiente.

MARILYN.- Pues si de verdad me quieres, por favor, hazme caso. Seguiremos hablando así, pero no nos veremos.

GROUCHO.- Yo sí te veré. Cada noche antes de acostarme.

(Oscuro.)

II

CATI espera. **Entra JULIO.**

JULIO.- ¿Llego tarde?

CATI.- Sólo hora y media, no te preocupes.

JULIO.- (Le entrega un libro.) ¿Era esto, no?

CATI.- Gracias.

JULIO.- De nada.

CATI.- ¿Te ha gustado?

JULIO.- Sí. Está bien.

CATI.- Ya te dejaré más. Tengo otros muy buenos y he pensado que a ti te gustarían.

JULIO.- Vale. Ya me los dejarás.

(Silencio.)

CATI.- ¿Ves a alguien más de clase?

JULIO.- No. ¿Para qué? Ya no necesito sus apuntes...

CATI.- Será posible... ¿Cómo puedes ser tan...?

JULIO.- ¿Y tú? ¿Ves a alguien?

CATI.- No. Sólo a ti.

(Silencio.)

CATI.- ¿Qué tal con...?

JULIO.- ¿Marilyn? Muy bien, sí.

CATI.- ¿Ya os habéis visto? ¿Os conocéis ya? En persona, quiero decir.

JULIO.- No. Ella quiere, pero yo le dije que no era el momento de dar el paso. No quiero que se haga ilusiones ni se lleve chascos, ya sabes...

(Pausa.)

CATI.- Mentiroso...

JULIO.- No. Todavía no.

CATI.- Entonces, tú y ella no...

JULIO.- Sí. Va en serio.

CATI.- Ah.

JULIO.- La verdad es que me gusta mucho. Creo que podríamos llegar a algo.

CATI.- ¿Te ha contado algo de su vida?

JULIO.- No. Pero sé que es ella. Es Marilyn.

CATI.- Julio, es sólo un *nick* para chatear... Podría haberse puesto, no sé, María21, o Lolita, o Genoveva, o cualquier cosa de esas. Es pura casualidad.

JULIO.- No. No es casualidad. No hubiera hablado con ella si tuviera otro nombre. Y si se lo ha puesto es por algo. No existen las casualidades. Sé que es ella. Por fin...

No digo que sea rubia platino. Casi mejor. Puede que ni siquiera sea guapa. Pero es ella. Su forma de hablar, no sé, es tan cariñosa, tan ingenua... No, tampoco es por eso. Con ella no estoy solo. Es eso. Con ella, no estoy solo.

CATI.- ¿Cómo que solo? ¿Y todas esas chicas con las que has estado?

JULIO.- No eran Marilyn. Llevo años buscándola y creo que ahora la he encontrado. No es como las demás. Con ellas era algo físico, no era muy distinto de cuando estoy solo. En cinco minutos las había olvidado. Ahora no. Ahora hay alguien que me entiende. Por primera vez. Nadie se había interesado antes por mí de verdad...

CATI.- ¿Estás seguro?

JULIO.- (**Ignorándola.**) ...y yo lo necesitaba. Estoy harto. Me siento solo. Y ahora, cuando Marilyn me mira, siento como si viviera dentro de sus ojos, no sé.

CATI.- ¿Cómo que te mira?

JULIO.- Yo me entiendo, Cati, y sé que esta vez no me equivoco.

CATI.- Pero, Julio...

JULIO.- (**Interrumpiéndola.**) ¿Te sabes algún chiste nuevo?

CATI.- ¿Chistes?

JULIO.- Sí, de esos que tanto me gustan.

CATI.- Me sé unos cuantos. ¿Quieres que te los cuente?

JULIO.- Sí.

CATI.- ¿Ahora? ¿Así, de repente?

JULIO.- ¿Por qué no?

CATI.- Son muy malos, ¿eh?

JULIO.- Cuéntalos.

CATI.- Vale, pero no me digas luego que no te lo advertí... ¿Por qué la vaca mueve la cola?

JULIO.- ¿Por qué?

CATI.- Porque la cola no puede mover a la vaca... (**JULIO se ríe con ganas.**) ¿Qué se pone Superman cuando sale de la ducha?

JULIO.- ¿Qué?

CATI.- Super-fume (JULIO se ríe con todavía más intensidad.) ¿Cuál es el colmo de un electricista?

JULIO.- ¿Cuál?

CATI.- Que no le sigan la corriente (JULIO no puede parar de reír.) ¡Comeos el bocadillo de tortilla! Y Tortilla se quedó sin bocadillo (JULIO llora de risa.) ¡Saca la foto sin flash! Y Flash no salió en la foto. Iban la mamá globo y el bebé globito por el desierto y el bebé globito dice: «Mira mamá, un cactusssssssssssssssss».

(JULIO se retuerce de risa.)

JULIO.- Basta, basta... Qué bueno...

CATI.- ¿De verdad te gustan?

JULIO.- Me encantan tus chistes.

CATI.- Gracias. Me alegro mucho de que te gusten.

JULIO.- Es lo único que le falta a Marilyn. Si supiera contar chistes como tú...

CATI.- Nadie es perfecto.

JULIO.- Le podrías dar unas clases...

CATI.- Ya, claro... ¿Sabes? Puede que me vaya, si hay suerte.

JULIO.- ¿A dónde?

CATI.- He pedido una beca para irme a Alemania.

JULIO.- (Suplicante.) No te vayas...

CATI.- La verdad es que es una decisión difícil.

JULIO.- (La súplica se revela como broma.) ¡Qué va a ser de mí sin tus chistes!

CATI.- Creo que sobrevivirás. De todas maneras, puede que no me la den y me quede aquí. Y el caso es que mi padre me ha propuesto pagármelo todo si no consigo la beca. Pero yo no quiero depender de él. Si lo hiciera se pasaría otros veinticinco años pensando que el mejor padre es el que firma más cheques a nombre de sus hijos. A mí me hubiera bastado con que me acompañara al quiosco a comprar cromos con los cinco duros que me daba por portarme bien... **(Pausa.)** Qué rollo te estoy contando. ¿Te estoy aburriendo?

JULIO.- Sí.

CATI.- Ah...

JULIO.- Que no, que es broma. Je, je...

CATI.- Si no consigo la beca siempre me quedará el burger...

JULIO.- ¿Trabajas en un burger?

CATI.- Llevo un año, Julio. Y lo sabes. A ver cuándo me visitas...

JULIO.- Iré. Resérvame la mejor hamburguesa.

CATI.- Ya lo hice, para aquel día en que me avisaste que venías. Ayer se la llevaron unos científicos; le van a aplicar el carbono-14, porque creen que el pan es el de la Última Cena.

JULIO.- (Riéndose.) ¡Muy bueno! ¿Te he dicho ya que me encantan tus chistes?

CATI.- ¿Y tú qué tal llevas lo de tu video-club?

JULIO.- Estoy ahorrando.

CATI.- ¿Será sólo de cine clásico, entonces?

JULIO.- Sí.

CATI.- Ojalá lo consigas. Es una idea preciosa.

JULIO.- Ya. La idea está bien. Pero creo que voy a tener que prostituirme.

CATI.- ¿Y tu padre?

JULIO.- ¿Qué pasa con mi padre?

CATI.- Nada. Que si no podría ayudarte.

JULIO.- Está muy ocupado modernizando el bar. ¿Sabes que ha puesto una zona de ciber-café?

CATI.- Qué buena idea. ¿O no?

JULIO.- No pega ni con cola. Estará entre los carteles de corridas de toros y la máquina tragaperras. Es como si Bill Gates pusiera un puesto de castañas. Es de locos.

CATI.- Seguro que van muchos borrachos a «chatear».

JULIO.- Como no se pongan los viejos a jugar al ciber-mus con sus amigos de Japón... Por cierto, necesita a alguien para atender a la gente que se atreva a navegar, para que no manchen los teclados con la salsa de los

berberechos. Podrías ir, seguro que es menos cansado que el burger.

CATI.- Me pasaré. Estoy harta de perder el tiempo en entrevistas de trabajo fracasadas.

JULIO.- (**Bostezando.**) Cati, yo me voy.

CATI.- ¿Ya te vas?

JULIO.- Sí, tengo que irme. He quedado. Hasta luego.

CATI.- Nos vemos.

JULIO.- ¿Tengo que devolverte alguna cosa?

CATI.- No, ¿por qué?

JULIO.- Como dices «nos vemos»...

CATI.- Es una forma de hablar. Nos veremos... cuando nos veamos.

JULIO.- Ah, claro. Venga, pues nos vemos, je, je.

(Se va.)

CATI.- (**Sola; JULIO ya se ha ido.**) Hasta luego.

(Oscuro.)

III

CATI sentada detrás de una mesa, mirando hacia un interlocutor invisible sentado al otro lado de la mesa, que daría la espalda al público. En las pausas parece escucharle.

CATI.- ¿Tengo que responder a eso? (**Pausa.**) ¿Para qué quiere saber usted saberlo? ¿Pero a usted qué le importa? (**Pausa.**) Mire, he estado en cientos de entrevistas de trabajo y en ninguna me han preguntado algo así. Más vale que esto sea un sueño, porque si no, mañana mismo le demando. Sí, debe ser un sueño, porque si no, no me atrevería a decirle esto. (**Pausa.**) Ya, claro, usted dirá que es real, pero porque sabe que si ahora me da por despertar,

desaparece. (**Relajándose.**) Así que usted no es un entrevistador real. Mi futuro entero no depende de usted... (**Repentinamente exaltada.**) ¡Cabrón, hijo de puta, esclavista de mierda! (**Pausa.**) Sí, ya lo sé, si usted no es más que un trozo de mi conciencia, es casi como si me insultara a mí misma. Si ni siquiera tiene usted cara... ¿Sabe qué? Le voy a responder a esa pregunta. Porque será una pregunta que me he hecho a mí misma, ¿no? Sí, Julio me gusta.

(**Entra JULIO.**)

JULIO.- ¿Entonces por qué no me lo dices?

CATI.- No tiene nada de particular, es algo físico, estás muy bueno, y ya está.

JULIO.- Esto es un sueño. Si fuera sólo algo físico no perderíamos el tiempo hablando. (**Con soniquete infantil.**) ¡Estás enamorada!

CATI.- Eso es imposible. Yo no me enamoro.

JULIO.- Eso lo dices porque tienes miedo al fracaso.

CATI.- ¡No me vengas con frases hechas del *Cosmopolitan*! No es por eso.

JULIO.- ¿Entonces?

CATI.- Yo no puedo enamorarme... de ti.

JULIO.- ¿Por qué no?

CATI.- ¿Cómo que por qué no? Porque eres un cabrón. Eres la peor persona que conozco. Te aprovechas de tus compañeros, les haces creer que les aprecias sólo mientras te son útiles.

JULIO.- Utilizo a las mujeres...

CATI.- Las tratas como a un kleenex.

JULIO.- Y a ti no te hago ni caso.

CATI.- Eso. Ni siquiera para sonarte los mocos. Bueno, eso no es verdad. Sí que me haces caso.

JULIO.- Soy la única persona que se ríe de tus chistes.

CATI.- Y mira que son malos...

JULIO.- Pero todo el mundo te quiere.

CATI.- Sí, pero como por inercia. Mis padres me quieren porque me tienen que querer. Mis amigas porque son mis amigas. Tú eres el único que aprecia algo de mí. Mis cualidades. Esas que acaban en la basura cada vez que un entrevistador tira mi currículum a la papelera.

JULIO.- Soy el único que te quiere.

CATI.- Dios mío, estoy enamorada de ti.

JULIO.- ¿Por qué no me lo dices?

(Entra MARILYN.)

MARILYN.- No puedes.

CATI.- ¡Eh! ¿Tú que haces aquí?

JULIO.- Es Marilyn.

CATI.- Ya me he dado cuenta. Y deja de babear. Sólo es una rubia teñida.

JULIO.- Eso tiene arreglo. **(JULIO arranca a MARILYN lo que resulta ser una peluca y se la pone a CATI.)** Si tú fueras Marilyn...

CATI.- Pero yo no soy Marilyn. **(Se arranca la peluca.)** Soy Cati.

JULIO Catalina...

CATI.- Sí, Catalina, ya sé que es un nombre horrible. Pero es mi nombre. Catalina. Como Catalina Hepburn. **(Pausa.)** Yo no quiero ser Marilyn. Yo sólo quiero a alguien que se ría de mis chistes. **(La luz va ocultando poco a poco a JULIO y a MARILYN. Sólo vemos a CATI, que vuelve a la mesa. Habla al interlocutor invisible.)** ¿Sigue ahí? Pues a usted le voy a decir otra cosa: si me dan la beca, cuando vuelva de Alemania todas las empresas se matarán por contratarme. Seré una triunfadora, un modelo a seguir, la gente me reconocerá por la calle y por la noche regañarán a sus hijos por no ser como yo. Me adorarán... Me querrán como yo necesito que me quieran. Como a las estrellas de Hollywood, como querían a Marilyn. Millones de personas la querían o la odiaban como sólo se odia a quien se quiere, y eso que ella ni siquiera sabría cuáles eran sus nombres ni el color de sus ojos. ¿Por qué yo voy a ser diferente? ¿Es que yo no tengo derecho a eso? **(Pausa. Como si le dijeran algo.)**

¿Qué dice? ¿Que buscan a alguien con otro perfil? Me voy. Ya me llamarán.

(Oscuro.)

IV

El PADRE de JULIO está comiendo. Entra JULIO.

PADRE y JULIO.- (Casi imperceptible, más cerca del gruñido que de la palabra.) Hola.

(JULIO se sienta a la mesa. La comida ya está puesta. Tras unos segundos de silencio, JULIO muestra cierta inquietud. Busca un mando a distancia y lo dirige a un televisor imaginario.)

PADRE.- No funciona.

(JULIO vuelve a comer. Silencio entre los dos. JULIO insiste con el mando, pero acaba dándose por vencido.)

JULIO.- (Levantando la voz, hacia otro lado.) ¿Qué tal, mamá?

MADRE.- (En off.) Bien, hijo.

JULIO.- ¿Bien?

(El PADRE ha terminado de comer. Se levanta y se sienta a leer un periódico, posiblemente deportivo.)

MADRE.- Bien jodida. No me he levantado de la cama en todo el día. La comida la ha hecho tu padre.

(De repente JULIO empieza a mirar la comida de otra manera, más bien como si la comida le estuviera mirando a él. Toma un par de cucharadas más y

aparta el plato. Se sienta, en un sitio aparte del de su padre. Encuentra en él un disco.)

JULIO.- (A la MADRE.) ¿Qué es esto?

MADRE.- Es un disco. Con las canciones de las películas de Marilyn Monroe.

JULIO.- ¿Es para mí? Gracias.

MADRE.- De nada, cariño, pero ha sido idea de tu padre. Él es quien te la ha traído. ¿Te gusta?

JULIO.- (Abre la caja del disco.) Es pirata. Es una pena. Seguro que en el original vendría alguna foto interesante, y las letras. (Apartándolo.) Lo escucharé alguna vez de todas maneras.

(A lo dicho, el PADRE apenas se ha asomado por encima del periódico. Silencio. JULIO parece contemplar el vacío. Recorre con su mirada todo el escenario, como quien no sabe qué hacer. El PADRE sigue encerrado en el periódico.)

JULIO.- (A la MADRE.) ¿Sabes? El otro día dijeron en la tele que van a sacar un medicamento nuevo contra la depresión.

MADRE.- Ya lo sé, cielo.

JULIO.- En cuanto salga, te lo compro.

MADRE.- Gracias. A ver si me sirve para algo. Porque yo no sé, hijo, a este paso me voy a tener que tomar la farmacia entera...

JULIO.- Vamos, mamá, no te hundas...

MADRE.- Hijo...

JULIO.- ¿Qué, mamá?

MADRE.- Quiero comentarte una cosa.

JULIO.- Dime, mamá.

MADRE.- Hay unos pocos ratos en los que me encuentro muy bien... Pero se me hacen tan cortos...

JULIO.- Lo siento. Intentaré pasar más tiempo en casa...

MADRE.- ...cuando duermo. Cuando duermo se me olvida todo. Porque no estoy.

JULIO.- ¿¿Qué??

MADRE.- Es como no ir al dentista. Yo lo que más odio del mundo entero es ir al dentista, ¿verdad?

JULIO.- Sí, mamá.

MADRE.- Así que para sentirme bien pienso que no estoy en la consulta del dentista.

JULIO.- Buena idea.

MADRE.- Pero hay algo todavía mejor que pensar que no estoy en la consulta del dentista, que es pensar que en la consulta del dentista no estoy yo. Quiero decir, que no hay nadie allí. Y que yo no estoy en ninguna parte. Que no hay nada. Como cuando duermo, que no soy nada, y no estoy en ninguna parte. No estar no duele.

JULIO.- No me gusta que digas esas cosas, mamá.

MADRE.- Tranquilo, Julio, cariño, cuando estás tú también me siento mejor.

JULIO.- No quiero que hables así, como si salieras de una película de Bergman.

MADRE.- ¿Tan malas son esas películas?

JULIO.- No es eso. Es que tú no debes hablar así.

MADRE.- ¿Y cómo se supone que tengo que hablar?

JULIO.- Como una madre.

MADRE.- Vale...

JULIO.- Ahora, lo siento, pero me tengo que ir. Ya llevo tarde.

MADRE.- Coge el paraguas.

JULIO.- ¡Pero si no llueve!

MADRE.- Por si acaso. No te pesa nada. Y la bufanda, y péinate bien, y súbete el pantalón que lo llevas caído. ¿Llevas las llaves? ¿Y el carnet de identidad? ¿Y dinero? Nunca salgas de casa sin dinero. ¿Llevas los calzoncillos limpios? Imagínate si te pasa algo y te tienen que desnudar, qué vergüenza.

JULIO.- ¡Basta, mamá! Hasta luego.

MADRE.- ¡Ah, hijo, lo más importante!

JULIO.- ¿Qué?

MADRE.- Ve por la sombra. ¿Te parece mejor así?
¿Soy más madre?

JULIO.- Vamos mejorando. Me voy corriendo. (A la MADRE.) Y mucho ánimo, a ver si recuperas fuerzas y puedes hacer un poco de ejercicio.

MADRE.- En tres zancadas me bajo a la piscina y nado tres largos. No te jode... Hasta luego, hijo, pásatelo bien.

JULIO.- (A la MADRE, y dedicando una exigua mirada a su PADRE, que sigue con el periódico.) Hasta luego.

(Se va. Breve pausa. El PADRE se levanta y se asegura de que JULIO ya se ha ido.)

PADRE.- (A la madre.) ¿Adónde ha ido?

MADRE.- ¿Por qué no se lo preguntas a él?

PADRE.- ¿Cómo se lo voy a preguntar si ya se ha ido?

MADRE.- ¿Y por qué esperas a que se vaya para preguntar a dónde va?

PADRE.- ¿Me lo vas a decir o no? (Silencio.) ¿No? (Silencio.) ¿Tanto te cuesta?

MADRE.- ¿Tanto te interesa?

PADRE.- Hay que joderse. No se puede hablar contigo. (Vuelve a su periódico. Un brevísimo silencio.) Ah, claro, tiene un examen.

MADRE.- Acabó la universidad hace tres años.

PADRE.- ¿Tres años? Vaya, tengo que ponerme al día. ¿Y ahora en qué trabaja?

MADRE.- ¿Y por qué coño no se lo preguntas a él? A veces me siento como si estuviera haciendo traducción simultánea.

PADRE.- Hablaré con él el día en el que deje de evitarme la mirada.

MADRE.- ¿Has probado a mirarle tú? (Silencio.) No respondes... (Silencio.) Te ha dolido lo que te he dicho, ¿eh?

PADRE.- Me voy. He quedado... Con una chica.

MADRE.- ¡Canalla! ¡Así cuidas de tu mujercita enferma!

PADRE.- (Ríe.) Es Cati, aquella amiga de Julio. Quería trabajar en el ciber-café que he puesto en el bar. La voy a entrevistar.

MADRE.- La recuerdo. Una chica muy maja. Contrátala.

PADRE.- De acuerdo, lo haré. Hasta luego.

MADRE.- Hasta luego. Y habla con Julio. Por favor.

PADRE.- Te juro que lo estoy intentando.

MADRE.- Sabes que es necesario. Y sabes que es urgente.

PADRE.- Lo sé.

MADRE.- Guille...

PADRE.- Qué.

MADRE.- ¿Puedes pasarme esa cinta que hay debajo de la tele?

PADRE.- (Buscando.) ¿Cuál, la de la caja negra sin etiqueta?

MADRE.- Sí, esa misma. Tráemela, y me la pongo en el vídeo.

PADRE.- ¿Quieres que te la ponga yo? **(Se la lleva.)**

MADRE.- No, no hace falta. Así hago un poquito de ejercicio. Es mi película favorita, de las de Marisol...

PADRE.- Que la disfrutes... **(Se va.)**

(Se oye el ruido de la cinta introduciéndose en el vídeo. Suena una música muy distinta a la esperable en una película de Marisol. Se trata de una melodía que sugiere toscamente una escena erótica.)

MADRE.- ¡Ay, Rocco! ¿Qué sería de mí sin ti y estos buenos ratos?

(Oscuro.)

**El bar. Apariencia pintoresca de taberna castiza
abrumada por la abultada presencia de monitores,
teclados y ratones.**

CATI.- Es la primera entrevista de trabajo que hago a estas horas.

PADRE.- Lo siento, no he parado en todo el día. (**Se sienta, agotado.**) Estoy hecho polvo...

CATI.- ¿Lo dejamos para otro momento? Váyase a casa y descanse.

PADRE.- No, no. Estaremos aquí el tiempo que haga falta.

CATI.- ¿Sí? Pensaba que esta entrevista, por ser usted, sería más informal, más familiar.

PADRE.- ¿Quieres unas tapitas, o algo?

CATI.- No, no hace falta.

(Silencio. Se miran, sin saber qué decir.)

CATI.- ¿Por dónde empiezo? ¿Mis inquietudes profesionales? ¿Mi predisposición ante el trabajo en equipo? ¿Prefiere que le hable de mi formación académica? ¿O mejor mi lista de defectos y de virtudes?

PADRE.- (**Abrumado.**) Eh... Eso último.

CATI.- (**De carrerilla.**) Mis tres mayores virtudes son mi capacidad de escuchar a los demás, mi simpatía y capacidad de comunicación y mi gran responsabilidad en el trabajo, mis tres mayores defectos son que soy muy perfeccionista, demasiado exigente conmigo misma en el trabajo...

PADRE.- ¿Y el tercero?

CATI.- Me cuesta mucho reconocerlo.

PADRE.- Adelante.

CATI.- No me valoro a mí misma lo suficiente.

PADRE.- Ya.

(Pausa.)

CATI.- ¿Sigo?

PADRE.- No, no hace falta. ¿Cuánto te tengo que pagar?

CATI.- Pues, verá, yo creo que, dadas mis aptitudes, y el gran interés que tengo en colaborar con usted...

PADRE.- ¿Cuánto? No sé cuánto pagarte, no sé como van estos negocios... Como veo que no te importa mucho lo del dinero, lo decidiremos otro día. Empiezas el lunes que viene.

CATI.- ¿El lunes que viene?

PADRE.- ¿No te viene bien? Si quieres, puedes venir...

CATI.- **(Se lanza a abrazarle. Se contiene inmediatamente, avergonzada, pero sin perder la sonrisa.)** ¡Muchas gracias! Sabía que usted no me fallaría. No sabe la de tiempo que llevo buscando trabajo. Si yo le contara... Mire, el otro día, en una entrevista va el tío y me pregunta...

PADRE.- ¿Quieres una cerveza?

CATI.- Eh... Claro. Mejor dicho, no, gracias. Será mejor que se vaya, querrá usted irse a su casa.

(El PADRE vuelve con dos enormes jarras de cerveza y varios platos con raciones.)

PADRE.- Si quieres más...

CATI.- No, no, gracias.

PADRE.- Necesito que me ayudes con mi hijo Julio. Tú le conoces bien, ¿no?

CATI.- **(Repentinamente nerviosa. Empieza a comer o beber con voracidad, o bien deja lo que estaba bebiendo o comiendo.)** Más o menos...

PADRE.- Sois amigos y eso.

CATI.- Y eso, sí.

PADRE.- ¿Te ha hablado alguna vez de una tal Marilyn?

CATI.- ¿Marilyn? Sí, alguna vez. Es una chica que conoció...

PADRE.- ...por Internet, y a lo sé.

CATI.- ...en una cosa que se llama «chat», donde la gente habla y se conoce...

PADRE.- Y él utiliza el nombre de Groucho, y conoció a Marilyn en un chat de cine, y llevan hablando ya unos seis meses ellos dos solos por Internet, sin quedar para verse en persona...

CATI.- Caramba. Debe usted de tener mucha comunicación con su hijo...

PADRE.- No, no la tengo. Y ese es el problema.

CATI.- ¿Entonces cómo sabe usted tantas cosas? (Mirando a los ordenadores y al PADRE, alternativamente. Pausa.) No. No puede ser. ¿Usted? ¿Usted es...?

PADRE.- Cati, ¿es verdad todo lo que dice en sus chats? ¿Es cierto o es lo mismo que le dice a todas las chicas?

CATI.- Es usted. Es usted. Es usted. ¿Por qué?

PADRE.- Responde a mi pregunta, Cati...

CATI.- Bueno, él dice que Marilyn es diferente, que es lo que andaba buscando, que definitivamente Marilyn es... Marilyn.

PADRE.- Mierda. Entonces estamos perdidos.

CATI.- Pero usted...

PADRE.- Yo sólo buscaba una manera de acercarme a él, de conocerle mejor, de saber cómo es, y lo que le gusta...

CATI.- ¡Pero usted es su padre!

PADRE.- ...Así que me inventé lo de Marilyn, para que me sirviera de cebo, para llamar su atención. Y ahora resulta que se ha enamorado. Porque Julio quiere a Marilyn, ¿verdad?

CATI.- Hombre, tanto como quererla... Sí. Nunca le había visto así de colado por nadie.

PADRE.- Estupendo. Se enamora de alguien que no existe y trata a quien de verdad le quiere como si no existiera. ¿Qué te parece?

CATI.- Le comprendo muy bien.

PADRE.- ¿Ah, sí?

CATI.- Quiero decir, que debe ser muy duro. Me imagino... Pero... ¿por qué no ha intentado hablar con él directamente?

PADRE.- Porque no se deja.

CATI.- ¿Que no se deja? ¿Pero usted lo ha intentado?

PADRE.- Te contaré una cosa: cuando Julio era pequeño, yo llegaba tarde a casa, después del trabajo. Muchas veces, casi todos los días, le traía un regalo. Juguetes, muñecos, coches. Le gustaban mucho los coches.

CATI.- ¿Le daba todos los caprichos?

PADRE.- No. Nunca me pedía nada. Pero a veces se paraba mirando el escaparate de alguna juguetería, o se quedaba callado cuando anunciaban en la tele algo que le gustaba. Entonces yo sabía lo que quería; no necesitaba que me lo dijera directamente.

CATI.- Seguro que él también lo sabía.

PADRE.- ¿Ves? Nunca necesitábamos las palabras. Cuando llegaba de trabajar, él ya estaba acostado. Pero yo sabía que él no podía dormir sin haber oído antes el ruido de las llaves abriendo la puerta de la calle. Sin embargo, fingía dormir, y yo le seguía el juego y entraba con cuidado en la habitación, golpeando despacio la puerta de su cuarto con los nudillos, y preguntándole si estaba dormido. ¿Qué pregunta más tonta, verdad?

CATI.- Siempre lo he pensado.

PADRE.- Entonces se levantaba rápidamente, se acercaba a mí, me miraba fijamente y me daba un beso, y después cogía el regalo. No necesitábamos hablar. Ni una palabra.

CATI.- Pero un día eso cambió.

PADRE.- Tú lo has dicho. Un día llegué a casa, a la hora de siempre, haciendo lo mismo de siempre. Me acerqué a su cuarto y le pregunté lo mismo: «¿estás despierto?» Entonces él se levantó y se acercó a mí. Pero esta vez no me miró fijamente. Miró el juguete. Era un coche rojo

muy bonito, en una caja transparente que lo protegía del exterior. Lo cogió. Miró el juguete y lo cogió, y sólo entonces me dio un beso. Pero no me miró. Miró el coche, pero a mí no me miró.

CATI.- Pero es que el coche era muy bonito...

PADRE.- Al día siguiente tampoco. Ni al siguiente. Hasta que dejó incluso de besarme. Cogía el regalo y lo metía en su caja de los juguetes. Le seguí trayendo regalos durante un tiempo, pero ya no era lo mismo.

CATI.- Guillermo...

PADRE.- Qué.

CATI.- ¿Le diste tú algún beso? No digo como respuesta a los suyos, ni en las grandes ocasiones, ni nada. ¿Se lo diste alguna vez, porque sí?

PADRE.- ¿Te parezco una mala persona?

CATI.- No, yo no he dicho...

PADRE.- ¿Te parezco un insensible?

CATI.- No.

PADRE.- Pues a mí mi padre nunca me dio un beso.

CATI.- Pero...

PADRE.- Ya. Ya lo sé. Pero Cati...

CATI.- ¿Qué?

PADRE.- Tengo ya cincuenta y cinco años.

CATI.- Aún hay tiempo.

PADRE.- ¿Te parece fácil? ¿Para ti sería fácil?

CATI.- (**Dudando.**) Bueno, no. Puede. Hay que intentarlo.

PADRE.- Pues ayúdame. Yo he fracasado Ayúdame a acercarme a mi hijo. Ocupa tú mi papel. Haz tú de Marilyn y descubre cómo puedo acercarme a Julio. Descubre el secreto, por favor.

CATI.- ¿Qué? ¿Que yo sea Marilyn?

PADRE.- Por favor.

CATI.- ¿Y que piense que estoy enamorada de él?

PADRE.- Lo que sea, con tal de ayudarme. Lo necesito. Y necesito que sea ya. No puedo esperar más.

CATI.- Está bien. Haré el esfuerzo. Por usted.

PADRE.- Gracias. Muchas gracias.

CATI.- De nada. Será un placer.

(Oscuro.)

VI

JULIO, en la cama con una mujer, fumando. Desnudos pero rodeados de prendas, bolsos y demás.

MUJER.- Creo que ya no estoy enamorada de ti.

JULIO.- Me alegro.

MUJER.- Porque no hay que confundir negocio con placer, ¿verdad?

JULIO.- Verdad. Procuero tenerlo siempre en cuenta.

MUJER.- Cuando estaba enamorada no me sentía bien pagándote. No sé, era como inmoral.

JULIO.- Desde luego.

MUJER.- ¿Tú tampoco te sentirías bien, verdad? Quiero decir, pagando por acostarte con una mujer de la que estás enamorado.

JULIO.- No. No se debe confundir una cosa con la otra.

MUJER.- Estupendo. Estamos de acuerdo.

(Le da a JULIO un beso en la boca.)

JULIO.- (Tose voluntariamente y saca una hucha de algún sitio, posiblemente en forma de cilindro como las que se utilizan para caridad.) Ejem...

(La MUJER deposita una moneda en la hucha. Se lo piensa un momento y decide introducir otra. Le da otro beso a JULIO.)

MUJER.- Cuánto necesitaba esto... ¿Te puedo contar un secreto?

JULIO.- ¿Qué?

MUJER.- Mi marido no me quiere...

JULIO.- ¡No! ¡No es posible!

MUJER.- Como lo oyes. Todo se ha vuelto una rutina insoportable.

JULIO.- Seguro que ya nunca te dice «te quiero».

MUJER.- No... Al contrario. Ese es el problema. Todos los días me dice «te quiero». Tres veces al día. Una por la mañana, a las nueve y media, otra por la tarde, a las cinco menos cuarto y otra por la noche a las once y cincuenta y siete. Y nunca falla. Siempre a la misma hora. ¿Verdad que es horrible?

JULIO.- Es espantoso.

MUJER.- Lo único que de verdad le gusta es el dinero. Sólo se empalma cuando ve un fajo de billetes.

JULIO.- ¿Pero tiene mucho?

MUJER.- Muchísimo. Pero cada día quiere más. Es insaciable. En lo que se refiere al dinero, claro.

JULIO.- Claro. Y el dinero no da la felicidad.

MUJER.- No digas gilipolleces, Julio, ¿y con qué crees que te pago a ti? (**Mimosa.**) Tú eres mi felicidad. Te contaré otro secreto.

JULIO.- Adelante.

MUJER.- El otro día una anciana me pidió que la ayudara a cruzar la calle. Al día siguiente alguien, no recuerdo ni cómo era, me pidió la hora. Y un rato más tarde me preguntaron una calle.

JULIO.- Qué solicitada...

MUJER.- ¿Verdad? Pero eso no es lo interesante. Lo que pasó es que las tres veces, casi sin darme cuenta, acabé respondiendo yo «gracias», incluso antes de que lo dijera la otra persona. ¿Qué te parece?

JULIO.- Es un lapsus.

MUJER.- No, no es un lapsus. Es que estoy sola.

JULIO.- ¿Sola?

MUJER.- Doy las gracias porque alguien quiera hablar conmigo, porque me dé la oportunidad de ser útil, de ser necesaria. Porque así siento como si toda la gente que pasara por la calle fueran amigos míos, pero amigos en secreto, que de repente se acercan a mí y me guiñan un ojo como diciendo: «que no, que no estás sola». Por eso, mi «gracias», por muy inoportuno y extraño que sea, es más verdadero que el de ellos, que no es más que pura cortesía.

JULIO.- Caray.

MUJER.- (**Levantándose y mirando el reloj.**) Será mejor que me vista, se me está haciendo tarde. ¿Dónde te dejo el dinero? Los billetes no caben en la hucha.

JULIO.- Déjalo en mi mochila.

MUJER.- (**Mientras deja el dinero.**) ¿Qué tal van tus negocios?

JULIO.- Con dificultad. Es difícil salir adelante siendo huérfano. Además, mi abuela está enferma y no hay nadie más en la familia que quiera cuidar de ella.

MUJER.- (**Disimuladamente, deja más dinero en la hucha. La escena remeda el inicio de *Irma, la dulce*.**) Qué horror...

JULIO.- Pero tengo mucha ilusión por salir adelante. Sin embargo, poner un negocio propio es difícil, y en ningún sitio me concederán un préstamo si no tengo con qué avalarlo.

MUJER.- (**Sigue aumentando la cantidad.**) Es cierto. Mi marido es director de un banco, y es un insensible, le da igual el sufrimiento y las necesidades de los que vienen en busca de ayuda.

JULIO.- Pero creo que poco a poco conseguiré ahorrar una pequeña cantidad, trabajando mucho. No me importa sacrificar algo de mi salud si a cambio consigo salir adelante.

MUJER.- (**Se le acaba el dinero.**) Mmm... ¿Admites tarjeta de crédito?

(Oscuro.)

VII

PADRE.- Veamos. El saludo.

CATI.- ¿El saludo? Hola.

PADRE.- No, «hola» no. No puede ser «hola». Marilyn no dice «hola».

CATI.- ¿Y qué dice? ¿Du-dubi-dú?

PADRE.- «Hola, guapo».

CATI.- «¿Hola, guapo?».

PADRE.- Bien. ¿Y qué le puedes decir a continuación?

CATI.- No sé... «¿Tienes fuego, vaquero?».

(Ríe.)

PADRE.- No está mal. Puede ser interesante

CATI.- (Dejando de reír de repente.) ¿Cómo que interesante? Pero si es absurdo...

PADRE.- A ver. Qué más.

CATI.- Pues no sé. Hablamos.

PADRE.- Sí, ¿pero cómo habláis?

CATI.- Mire, como no le pinte los labios al teclado, yo no sé cómo hacerlo.

PADRE.- Tienes que ser más femenina... No te preocupes, yo te enseñaré.

CATI.- Usted. Ya. Vale. Escucharé atentamente.

PADRE.- Tienes que decirle «cariño», «querido», «mi amor» y todo eso continuamente.

CATI.- Perdone. Una cosa es que sea femenina y otra que sea un tarro de mermelada...

PADRE.- ¿Vas a colaborar o no?

CATI.- Sí. De acuerdo. Pero quiero pedirle una cosa.

PADRE.- Adelante.

CATI.- Una vez que consiga averiguar cómo puede usted acercarse a su hijo, ¿puedo quedarme con el papel de Marilyn?

PADRE.- ¿Para qué?

CATI.- Digamos que yo también quiero saber ciertas cosas acerca de su hijo...

PADRE.- Como quieras... Pero, por favor, ayúdame primero.

CATI.- De acuerdo. Sigamos.

PADRE.- Debes dejarle muy claro que le quieres mucho. Lo suficiente como para que se mantenga enganchado a Marilyn pero no tanto como para que se empeñe en que la relación salga de Internet.

CATI.- Es difícil. ¿Usted ha logrado eso hasta ahora?

PADRE.- Más o menos, sí.

CATI.- ¿Y cómo lo ha hecho?

PADRE.- Armas de mujer.

CATI.- (*Irónica.*) Ah. Claro. Eso lo explica todo.

PADRE.- Bien. Te ayudaré en lo que haga falta. ¿Cuánto crees que tardarás en conseguir algo?

CATI.- No lo sé. Ni siquiera sé exactamente qué es lo que estoy buscando.

PADRE.- Cuando lo encuentres lo sabrás.

CATI.- Eso espero.

PADRE.- Pero necesito que sea rápido. Por favor, Cati, no tardes mucho tiempo.

CATI.- ¿Por qué? ¿Por qué tiene tanta prisa?

PADRE.- Porque la tengo.

CATI.- Necesito saberlo para cumplir mi misión.

PADRE.- ¿Misión?

CATI.- Llámelo como quiera. Necesito que me lo cuente. Y creo que usted necesita contarlo.

PADRE.- Es por Pilar.

CATI.- ¿Quién es Pilar?

PADRE.- Mi mujer. La madre de Julio. Quiero que nos vea juntos antes.

CATI.- Antes...

PADRE.- Luego ya dará igual...

CATI.- Sólo es una depresión... **(Pausa.)** ¿O no?

PADRE.- Se lo descubrieron hace siete meses. Puede que tarde un año. O puede que dos. O puede que más. No ha querido decirle nada a Julio. No quiere que sufra. Sobre todo si son más.

CATI.- Usted quiere que su mujer les vea juntos antes de... Y que consigan llevarse bien...

PADRE.- Eso es. Pero él me odia.

CATI.- No, hombre. ¿Cómo le va a odiar? ¿Y por qué?

PADRE.- No lo sé. Eso es lo que tienes que averiguar.

(Oscuro.)

VIII

Casa de los padres de JULIO. El PADRE sentado en el sofá como viendo la televisión. JULIO, inquieto en una silla. Pausas incómodas durante toda la escena.

JULIO.- **(Acercándose a donde se encuentra la MADRE.)** Mamá...

(Silencio. No responde.)

PADRE.- Está durmiendo.

JULIO.- Mamá...

PADRE.- Está durmiendo. No la despiertes.

JULIO.- **(Al PADRE.)** No puede estar durmiendo todo el día. No es bueno para ella. Se hundirá todavía más... **(A la MADRE.)** Mamá...

PADRE.- Déjala dormir...

JULIO.- No puede estar durmiendo todo el día. Como si estuviera muerta.

PADRE.- ¡Déjala! Tiene que descansar. Necesita reposo. Es lo mejor para ella.

JULIO.- ¿Ah, sí? ¿Quién lo dice?

PADRE.- El médico.

JULIO.- Ya. El médico. Saben mucho esos médicos. Mamá...

PADRE.- Déjala. Por favor.

(JULIO vuelve a sentarse. Sigue inquieto.)

JULIO.- Es la hora de sus pastillas. Voy a llevarle un vaso de agua.

PADRE.- Se las tomó hace diez minutos. Yo mismo le llevé el agua.

(Silencio. Miran la televisión. JULIO sigue inquieto. De vez en cuando, el PADRE mira de reojo a su hijo, como en busca de una breve mirada que le corresponda y le sirva de excusa para decirle algo. De repente, esa fugaz mirada se produce. El PADRE abre la boca con intención de hablar, justo cuando JULIO le interrumpe.)

JULIO.- Si mamá se despierta, dile que estoy en mi cuarto, con el ordenador.

PADRE.- (En un leve pero esforzado intento de aproximación.) ¿Qué? ¿A navegar?

JULIO.- (Frío y recalando las palabras como si le estuviera corrigiendo.) Voy a conectarme a Internet.

PADRE.- Vale. Se lo diré a mamá si se levanta.

(Antes de que acabe su frase, JULIO se levanta y se va.

El PADRE deja pasar unos segundos, se levanta y se asoma para asegurarse de que ya no está y se acerca al teléfono. Marca y llama.)

PADRE.- (Exageradamente misterioso.) Meidey, meidey, el zorro ya está en el gallinero. **(Pausa.)** ¿De qué te ríes? Lo vi en una película el otro día. Te juro que cuando lo decía Steve McQueen sonaba muy serio. **(Pausa.)** ¿Quieres dejar de reírte? **(Pausa.)** Buena suerte.

(Oscuro.)

IX

MARILYN y GROUCHO, en el mismo espacio indeterminado de antes. MARILYN se mueve incómoda, con torpeza, como si le apretaran unos zapatos nuevos, o como una marioneta mal manejada.

MARILYN.- Hola guapo.

GROUCHO.- Hola guapa.

(Pausa.)

GROUCHO.- ¿Marilyn? ¿Sigues ahí?

MARILYN.- ¡Sí!

GROUCHO.- Menos mal. Por un momento pensé que tendría que escribir yo mismo tus frases.

MARILYN.- ¿Ah, sí? ¿Y qué pondrías en ellas?

GROUCHO.- No lo sé. Estoy esperando a que tú escribas las mías.

MARILYN.- (Fría, sin expresividad.) Jajajaja.

GROUCHO.- ¿Qué pasa, no te ha hecho gracia?

MARILYN.- No. Quiero decir sí. Sí, me ha hecho gracia. Jaja... Cariño mío.

GROUCHO.- Capullito de alhelí.

MARILYN.- Mi vida, mi alma, mi cielo...

GROUCHO.- Pajarillo que anida en mi pecho...

MARILYN.- Corazón de melón...

GROUCHO.- Marilyn... Ya basta.

MARILYN.- ¿Cómo?

GROUCHO.- Pareces un tarro de mermelada...

MARILYN.- No me digas...

GROUCHO.- Y no te ofendas, porque a mí me encanta la mermelada, pero no me gustaría que fueras un tarro.

MARILYN.- ¿Por qué?

GROUCHO.- ¿Cuándo fue la última vez que un tarro hizo algo por ti?

MARILYN.- No generalices. Yo conozco muchos tarros y algunos son muy abiertos.

(Pausa.)

GROUCHO.- Un momento. Aquí pasa algo raro. ¡Tú no eres mi Marilyn!

MARILYN.- ¿Cómo? ¿Cómo que no? Sí, sí que lo soy.

GROUCHO.- No, no lo eres...

MARILYN.- Cariño, guapísimo...

GROUCHO.- Me has seguido la broma perfectamente. Nunca lo habías hecho. Veo que vas progresando mucho. Dentro de poco te enseñaré a levantar las cejas por Internet.

MARILYN.- ¿Por qué no me enseñas otras cosas?

GROUCHO.- Vaya, vaya. Qué sorpresas me estoy llevando hoy... No estaba tan sorprendido desde que encontré a mi ex en la cama con una cebra.

MARILYN.- ¿Con una cebra?

GROUCHO.- ¿Verdad que es raro? Todo el mundo sabe que las cebras tienen buen gusto. Bien. Dejémoslo de ceremonias y vayamos al grano. Eso de que te enseñe cosas...

MARILYN.- ¿Qué?

GROUCHO.- ¿Eso quiere decir que sí?

MARILYN.- ¿Que sí?

GROUCHO.- Sí. Que si sí.

MARILYN.- Pues... ¿Te he contado el chiste de la hormiga que se encuentra con un elefante?

GROUCHO.- Marilyn, sabes de sobra que contar chistes no te favorece. Te despeina... ¿Entonces sí? (Pausa.) Marilyn, ¿qué te pasa hoy? Te noto rara.

MARILYN.- No, cariño, es sólo que...

GROUCHO.- ¿Qué?

MARILYN.- Que se me ha roto una uña.

GROUCHO.- Jejeje. No te preocupes, pasados unos meses no quedarán secuelas. Marilyn, ¿sabes una cosa?

MARILYN.- ¿Qué, cariñito mío?

GROUCHO.- Quizá tengas razón.

MARILYN.- Pues claro que tengo razón. ¿En qué?

GROUCHO.- Me refiero a eso de que es mejor que no nos veamos. Me vas a acabar odiando de tanto preguntártelo.

MARILYN.- Ya. Entiendo. Pues quizá yo cambie de opinión.

GROUCHO.- ¿En serio?

MARILYN.- Pero con una condición.

GROUCHO.- La que tú quieras. ¿Quieres que te lleve a uno de esas rejas de ventilación del metro que hay en la calle y que tanto te gustan?

MARILYN.- Muy gracioso...

GROUCHO.- Pero mucho...

MARILYN.- No había oído nada tan gracioso desde que el Papa hizo el pino en medio de la Plaza de San Pedro y todo el mundo supo que no llevaba nada debajo.

GROUCHO.- ¿De verdad pasó eso?

MARILYN.- No, ¿pero a que sería muy gracioso?

GROUCHO.- Jajaja. Pagaría por verlo en primera fila. Y luego revendería mi asiento por el doble del precio. ¿Cuál era tu condición?

MARILYN.- Quiero que obedezcas a todos mis caprichitos.

GROUCHO.- Habla por esa boquita. O por otra parte, si lo prefieres.

MARILYN.- Vale. Allá va.

GROUCHO.- Por cierto, Marilyn, ¿sabes una cosa? Esta está siendo una de nuestras mejores citas.

MARILYN.- ¿En serio?

GROUCHO.- Tus ojos, tu garganta, tus labios, todo en ti me recuerda a ti. Excepto tú misma. ¿Cómo te lo explicas?

MARILYN.- ¡Eh! ¡Eso es de «Una noche en la ópera»! ¡Plagio!

GROUCHO.- No lo confesaré si no es en presencia de mi abogado. Y será difícil, porque yo nunca he tenido abogado.

MARILYN.- ¿Pero de verdad me notas distinta, cariño? ¿Cómo de distinta?

GROUCHO.- Como... Como... ¡Como si llevaras bigote!

MARILYN.- Pues te equivocas, porque me acabo de afeitarse.

GROUCHO.- Pero lo mejor de todo es que al mismo tiempo sigues siendo Marilyn. A ver esos caprichitos.

MARILYN.- Bien. Mi primer caprichito es...

(Pausa.)

GROUCHO.- ¿Sigues ahí?

MARILYN.- ¡Claro que sí! No me metas prisa... Vale. Ya lo sé. Quiero que me hables de tu familia.

GROUCHO.- ¡Qué obsesión con mi familia! ¿Es que te han dado órdenes...

MARILYN.- No, es iniciativa mía, de verdad.

GROUCHO.- ...en la CIA de perseguirme y sacarme información sobre mi vida?

MARILYN.- No. Fue la KGB.

GROUCHO.- Está bien. Confesaré: tengo una madre y un padre. ¿Te explico el proceso o prefieres clases prácticas?

MARILYN.- No te preguntaré más. No te preguntaré nunca más sobre nada. De hecho, no volveremos a hablar.

GROUCHO.- No te enfades, Marilyn. Veo que hoy has decidido ponerte dura.

MARILYN.- Ya estoy harta de que no respondas a mis preguntas. Me voy. Me voy para siempre. Que no vuelvo, ¿eh? Adiós.

GROUCHO.- ¡No, no te vayas! Te hablaré de mi familia.

MARILYN.- Así me gusta.

GROUCHO.- Mi historia es muy trágica. Nací en un circo. Mi padre era el forzudo, pero era muy feo y mi madre era trapecista, bella pero muy débil. Se casaron con la esperanza de tener un hijo fuerte y guapo, pero nací yo. Tuve suerte de que me adoptaran los chimpancés.

MARILYN.- Adiós.

(Pausa. MARILYN paralizada o como si hubieran soltado la marioneta.)

GROUCHO.- No, Marilyn. Era una broma. Te lo contaré. Pero quiero que sepas que para mí es una historia dolorosa.

(MARILYN vuelve en sí.)

MARILYN.- Lo sé, Groucho. Pero yo estoy a tu lado. Recuerda quien soy: Marilyn...

GROUCHO.- Mi padre le jodió la vida a mi madre.

MARILYN.- ¿Qué?

GROUCHO.- Ella quería ir a la universidad. Quería ser maestra. Pero mi padre le comió el coco para que fuera solamente lo que es ahora...

MARILYN.- ¿Y qué es ahora?

GROUCHO.- Mi madre.

MARILYN.- ¿Pero hizo algo él para imponerle a ella sus deseos?

GROUCHO.- Sí. A mí.

MARILYN.- Pero tus padres te quieren... Estoy segura.

GROUCHO.- Yo sólo sé que tengo que devolverle a mi madre la oportunidad que perdió conmigo. Ahora está deprimida, por culpa de mi padre y tantos años de humillación, pero yo le pagaré los mejores tratamientos del mundo para que se recupere, y le pagaré la universidad y podrá hacer la carrera que dejó atrás, y recuperar el tiempo perdido. Estoy ahorrando. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para ahorrar. Lo hacía para mi futuro negocio, pero mi madre es la prioridad, y el negocio se puede ir a la mierda si hace falta el dinero para ayudarla. ¿Esto es lo que querías saber? ¿O prefieres seguir hurgando en la herida?

MARILYN.- Groucho, los hermanos Marx nunca hicieron melodrama...

GROUCHO.- Tú lo has querido con tus preguntas.

(Pausa. Ahora es GROUCHO quien se paraliza.)

MARILYN.- ¿Sigues ahí?

(Vuelve poco a poco en sí.)

GROUCHO.- Necesito verte, Marilyn. Ahora más que nunca. Marilyn...

MARILYN.- ¿Qué pasa, Groucho?

GROUCHO.- Necesito que me quieras.

(Oscuro.)

**JULIO en la cama con un HOMBRE, que se abraza a él.
JULIO, seguramente, fuma.**

HOMBRE.- Entonces por fin podrás ver a Marilyn en persona. Me alegro por ti.

JULIO.- Pensé que el momento no iba a llegar nunca. Ahora estoy muy ilusionado.

HOMBRE.- Es estupendo. De verdad que me alegro por ti. **(Meloso.)** Pero no se lo des todo a ella, guarda un poco de cariño para los demás...

JULIO.- Sí, claro, Emilio, pero...

HOMBRE.- Ya, ya sé. **(Saca un poco de dinero de su cartera y lo mete en la hucha, de igual modo a la escena VI)** ¿Sabes? Uno de los días en los que quedemos no habrá sexo. Te pagaré igual, no te preocupes, pero no habrá sexo. Simplemente nos quedaremos así, abrazados, como ahora, toda la noche. El sexo no es tan importante. Además, yo no soy gay...

JULIO.- Por supuesto que no. ¿A quién se le ocurriría semejante cosa?

HOMBRE.- Mi mujer no es capaz de entender lo que necesito, ¿te lo puedes creer? Le digo «te quiero» todos los días, por lo menos tres veces. Siempre. No falla ni un solo día. Nunca se me olvida. Pero ella busca otra cosa.

JULIO.- Qué zorra.

HOMBRE.- Es como si no entendiera qué es eso del cariño. Porque lo del amor, eso del amor, de las películas, de la poesía, yo no lo entiendo. ¿Tú lo entiendes?

JULIO.- Bueno...

HOMBRE.- Claro que sí. Claro que lo entiendes, eres un ser privilegiado. Pero no te hace falta hablar para explicarlo. Simplemente, actúas. Claro que sí... Yo también actúo, ¿eh? No sólo hablo. Me dejo los cuernos trabajando todo el día para que ella tenga de todo. Todos sus caprichos. A lo mejor eso es el amor.

JULIO.- Seguramente.

HOMBRE.- ¿Sabes por qué lo hago?

JULIO.- Porque la quieres.

HOMBRE.- Para que no tenga excusas. Ella no puede decirle a sus vecinas que yo soy un vago, o un borracho, o

que me lo gasto todo en juergas o en máquinas tragaperras. No, no puede decir nada. No puede tener quejas de mí. **(Pausa.)** Ninguna queja importante... Porque el sexo no es importante...

JULIO.- No, no es importante.

HOMBRE.- Por ejemplo, uno no puede definirse de acuerdo al sexo. Uno no puede decir: yo soy gay, y estar todo el día diciendo «yo soy gay», «yo soy gay». Uno es aquello a lo que de verdad le dedica el tiempo y su esfuerzo. Por eso, yo no soy gay. Yo soy... banquero.

JULIO.- Tú lo has dicho.

HOMBRE.- Lo hago todo por ella, para que no tenga de qué quejarse. Y sin embargo... Te contaré una cosa. Yo tengo una fantasía...

JULIO.- ¿Quieres que...?

HOMBRE.- No, no es ese tipo de fantasía, no es para excitarme. Simplemente me gusta pensar en ello. Estoy atendiendo a un cliente que va a pedir un crédito. Sólo con verle la cara ya sé que no podré concedérselo, porque lo llevan en la cara, es como si llevaran un cartel en la frente que dijera «ni se te ocurra prestarme un solo duro». Pero yo les atiendo, como un profesional, con frialdad, y ya sé que la publicidad de mi banco dice que tenemos un trato humano y cordial y cercano y todo eso, pero a mí, qué quieres que te diga, eso me parece una hipocresía, y además yo no me creo nunca la publicidad, y menos la de mi propia empresa. El caso es que yo examino sus papeles y su petición, y con toda la frialdad del mundo le niego el crédito. Lo normal es que el tío se largue sin decir una palabra o que musite «hijo de puta» pensando en que yo no le he oído. Bueno, pues mi fantasía es esa: me gustaría que ese hombre, o esa mujer, o esa pareja, que son muchos a lo largo de una semana de trabajo, se levantaran del asiento en el que amablemente les he invitado a sentarse y empezaran a insultarme. A insultarme fuerte, para que todo el mundo les oiga, y que entre insulto e insulto me digan los sacrificios que tienen que hacer para sacar adelante a su enorme familia y las mil y un puñaladas que la vida les da por la espalda todos los días. Que suelten todo lo que llevan dentro, y cuando no tengan nada más que decir, que quiten la mesa de en medio y me peguen una paliza. Una buena paliza. Que desaten todas sus frustraciones y me peguen hasta que no puedan más, hasta que ya se hayan desahogado. Porque lo que hayan reprimido delante de su jefe, de su suegra, del compañero de trabajo lameculos, del viejo amigo que ya no les saluda

cuando se cruzan por la calle, de todos los putos cabrones con los que se cruzan cada día, lo van soltar conmigo. Conmigo, sí, conmigo van a poder abrirse, ser lo que realmente son, sentirse libres, y entre nosotros habrá una verdadera relación humana, que no es la frialdad del trato al cliente ni la amabilidad hipócrita de los anuncios, no, será una relación humana de verdad, y, no sé, quizá en ese preciso instante, justo en ese momento en el que ellos están desahogados y satisfechos, sea el único momento de mi vida en el que realmente pueda decir que alguien me ha querido, que alguien me ha amado. ¿Crees que estoy loco?

(Antes de que JULIO responda, el HOMBRE deja caer una moneda en la hucha. JULIO permanece en silencio. El HOMBRE deja caer otra moneda en la hucha.)

JULIO.- Claro que no. ¿Y sabes qué? Creo que esa gente, el día en que puedan insultarte y darte una paliza, al final acabarán dándote las gracias.

HOMBRE.- Tú sí que me comprendes... **(Se abraza más fuerte a él.)**

JULIO.- Me gustaría hacerle un regalo a Marilyn. Y quiero que sea un regalo inolvidable, que le impacte. Un anillo caro, con una piedra gorda o mucho oro, o algo así.

HOMBRE.- Ah... Pillín enamorado... Eso déjalo de mi cuenta. Mi hermano es joyero. Y de categoría, diseña sus propias joyas. Yo te conseguiré un anillo precioso para tu Marilyn.

JULIO.- Muchas gracias.

HOMBRE.- Por cierto, ¿tu padre adoptivo ha vuelto ya de África?

JULIO.- No. Espero que pronto se recupere de la malaria, porque si no se presenta la próxima semana, perderá su trabajo. Y son muchas bocas que alimentar en casa. **(El HOMBRE va dejando más dinero en la hucha.)** La verdad es que soy un quejica. Teniendo en cuenta mi situación, debería dar gracias a Dios por ver el Sol todas las mañanas.

HOMBRE.- (Revisando su cartera vacía.) Julio, pásate por el banco mañana. Y pregunta por el director.

(Oscuro.)

XI

El PADRE, en la casa, asomado al lugar en el que se encuentra la MADRE. Pensativo.

PADRE.- En el fondo me alegro. Sí, me alegro. Es bueno que tenga motivos para odiarme. Que me odie por algo. Lo que sería una putada es que me odiara sin más. Que me odie porque sí. Le hemos enseñado bien: si odias a alguien, que sea por algo. Por lo menos ya sé que siente algo por mí. Y dicen que el amor y el odio son las dos caras de la misma moneda, ¿no? **(Pausa.)** ¿Sabes una cosa, Pilar? Siempre que alguien me cuenta que a Fulanito o a Menganito le han metido algo en la cabeza, que le han comido el coco, ya sabes a qué me refiero, no me lo creo. No me lo creo. Al final siempre es uno mismo. Si un tío odia a los negros, por ejemplo, será porque de pequeño un niño negro le robó el bocadillo en el patio del colegio, o porque los cameruneses que fichaba su equipo eran incapaces de dar un pase al área como Dios manda. Pero no porque haya llegado alguien y le haya dicho que los negros son malos. No. Eso es sólo lo superficial. Hojarasca. Al final siempre es uno mismo. **(Pausa.)** Lo que te quiero decir con esto es que no vamos a buscar culpables, ¿vale? **(Pausa.)** Bien. Veo que estás de acuerdo. No tiene sentido discutir ahora. No es bueno ni para ti ni para mí. Y a estas alturas de la vida no nos lleva a ninguna parte. Y perdón por lo de la vida. **(Pausa.)** Otra de esas cosas que siempre se dicen pero que yo no me creo es aquello de los cumpleaños y los regalos: «lo que cuenta es la intención», dicen. Y una mierda. Y una puta mierda. Para nada sirve tener la mejor intención del mundo si es lo único que tienes. No puedes ir a un cumpleaños sólo con la intención. «Felicidades, no te he comprado nada, pero aquí tienes mi intención». «Espero que te guste». Quedarías como un gilipollas. Pues es igual cuando eres padre. Nadie te da un libro de instrucciones o un aparato de educar que funcione con pilas. Lo único que tienes es la intención. Y con eso no basta. **(Pausa.)** Me voy al bar. He dejado sola a la chica, y sí, es muy voluntariosa y todo eso, pero necesita a alguien que la ayude. Ella sola no puede. Dejo aquí una película. Es para Julio. Se llama «Amor en conserva». Es de los hermanos Marx. Él lo entenderá, no hace falta que se lo expliques. **(Pausa.)** Me

gusta que te hagas la dormida cuando te hablo. Y lo digo en serio, me gusta. Así me escucho a mí mismo. Bueno. Nada más. Nos vemos luego.

(Oscuro.)

XII

De nuevo la casa. Entra JULIO.

JULIO.- Hola, mamá. ¿Qué tal estás?

MADRE.- Hola, hijo.

JULIO.- Perdona si te he despertado.

MADRE.- Tranquilo.

JULIO.- ¿Te encuentras mejor hoy? Dime que sí.

MADRE.- ¡Sí!

JULIO.- Ya verás como dentro de poco te sentirás mucho mejor. Habrá sorpresas, muchas sorpresas, ya verás.

MADRE.- ¿Sorpresas? Estoy segura.

JULIO.- (Viendo la película.) ¿Qué es esto? (Ilusionado a la par que confuso.) ¿Ha venido... alguien a traer esta cinta?

MADRE.- No.

JULIO.- ¿No?

MADRE.- La ha traído tu padre.

JULIO.- Pero... ¿La encontró en el buzón? ¿Se la dio alguien?

MADRE.- No. La ha comprado él. Estuvo buscando en un montón de sitios, llamando a tiendas de todas partes y en Internet. Creo que la compró por Internet. La verdad es que la tenía desde hace tiempo. No sé por qué ha tardado tanto en dártela...

JULIO.- Pero...

MADRE.- Me dijo que tú lo entenderías. ¿Qué misterioso, verdad?

JULIO.- (Muy confuso, lívido.) ¿Dónde está?

MADRE.- ¿Dónde estará? Ha escapado a Río de Janeiro con la pasta. Se fue corriendo y dijo que no nos molestáramos en seguirle.

JULIO.- ¿Qué?

MADRE.- Joder, Julio, ¿dónde va a estar? En el bar, como siempre. Allí le encontrarás.

JULIO.- (Haciendo gestos, como quien va a decir algo importante, pero no le sale nada.) Adiós.

(Se va.)

MADRE.- (Riéndose a carcajadas.) Hacía tiempo que no me divertía tanto.

(Oscuro.)

XIII

La casa. Entra JULIO, muy alterado, seguido del padre, cabizbajo.

JULIO.- Mamá...

MADRE.- Hola, Julio. ¿Está tu padre contigo?

JULIO.- Mi padre... Si te refieres a este hijo de la gran puta...

(El PADRE no reacciona.)

MADRE.- ¡Eh, un momento! La única persona que tiene derecho a llamarle hijo de la gran puta a tu padre soy yo, ¿vale? Además, tu abuela no tiene la culpa.

JULIO.- ¿Pero tú sabes lo que me ha dicho? El muy... me ha dicho que tú...

MADRE.- Todo lo que te ha dicho es verdad.

JULIO.- Pero... **(Pausa.)** ¿Por qué? ¿Por qué?

MADRE.- Y yo qué sé, hijo. Si yo supiera de verdad como funciona esto, me darían el premio Nobel. **(Pausa.)** El Nobel... En la mesa camilla quedaría precioso...

JULIO.- **(Hundido, encogiéndose pero ahogando sus lágrimas por orgullo ante la presencia del PADRE.)** No es justo... No puede ser...

MADRE.- **(Susurrando.)** Guille...

PADRE.- Qué...

MADRE.- **(Gritando.)** ¡¡¡A qué coño esperas para abrazarle!!!

PADRE.- Sí, claro.

(El PADRE, con poca decisión, abraza a JULIO. Este se revuelve.)

JULIO.- ¡Déjame! Mamá, ¿sabes lo que ha hecho? ¿Sabes que se ha hecho pasar por una mujer y que...? Es asqueroso...

MADRE.- Sí, hijo, lo sé todo, y no vengas a mamá en plan acusica porque ya eres mayorcito para andar con esas cosas. Y por cierto, el otro día vino Toñi, la vecina, y me dijo que le habían recomendado tus servicios...

PADRE.- ¿Cómo?

JULIO.- ¡Lo hice por ti! Sí, ¡por ti!

PADRE.- ¿De qué estáis hablando?

JULIO.- No lo hago por gusto. Lo hice por ti.

MADRE.- Por mí. Tu padre y tú tenéis una manera muy rara de hacerme favores. Con lo fácil que es comprar unas flores y una caja de bombones... Aunque la verdad, hacía mucho tiempo que no me reía tanto...

JULIO.- ¡Pues a mí no me hace ni puta gracia!

PADRE.- ¡A mí tampoco!

MADRE.- Vaya, por fin estáis de acuerdo en algo. Ya iba siendo hora. Mira, Julio, no culpes a tu padre. Culpa a la época, si de verdad necesitas culpar a alguien, y en todo caso culpa a tu padre por ser un hijo de su época. Yo quería ser maestra... Pero de pequeña también quería ser monja, y princesa, y hasta guardia civil. Y vale, cuando eres mayor parece que ya va en serio, pero qué quieres que te diga... A ti no te hizo sólo tu padre. Más quisiera él. Te hicimos entre los dos. Fizti-fizti. Y, en fin, eras un bebé demasiado coñazo como para que tu madre tuviera tiempo de ir a la universidad. Siempre pidiendo y pidiendo. Pidiendo que te quisiera, que te quisiera, como si fuera poca prueba de amor aguantar tus berrinches y las noches en blanco. Pero, a pesar de todo eso, no me imagino nuestra vida sin ti. Jamás he soñado en una vida en la que tú no estuvieras... Sería como lo que pasa en la película esa tan vieja y tan ñoña que ves todas las navidades...

JULIO.- *Qué bello es vivir.*

MADRE.- Pues eso. Que más vale que hayas nacido, porque si no llegas a nacer te doy una hostia de las que hacen época. ¿Entendido?

JULIO.- Entendido.

MADRE.- Y tú, Guillermo, vale que no te hayan enseñado a ser afectuoso y a expresar tus sentimientos y todo eso, pero, hombre, te pasas la vida viendo los telefilmes de después de comer, y las telenovelas, que hasta subes el volumen en el bar para que te dejen escuchar... Quiero decir que con todo eso se te podría haber pegado algo, ¿no? Te juro que no cuestan tanto unos gestitos de cariño. De verdad... Y esto va por los dos, ¿eh? He dicho. Y ahora, que quede claro que la que se va a morir soy yo. ¿Vale? Así que yo soy la única que tiene derecho a necesitar que la quieran sin dar nada a cambio. ¿Entendido?

PADRE y JULIO.- Sí.

MADRE.- ¡No os oigo!

PADRE y JULIO.- ¡Sí, señor!

MADRE.- Je, je, siempre he querido oír eso. Y ahora, dejadme descansar. (**PADRE e hijo inician el mutis.**) Ah, una cosa. (**Vuelven a su posición anterior.**) Gracias por vuestras buenas intenciones. (**Pausa.**) Hala, que os zurzan.

(PADRE e hijo se apartan del lugar en el que se encuentra la MADRE y se sientan. No se miran directamente a la cara.)

JULIO.- No pienso llorar.

PADRE.- Yo tampoco.

(No saben qué hacer, y siguen evitando la mirada.)

PADRE.- Por cierto, la última Marilyn no era yo.

JULIO.- ¿No?

PADRE.- Era Cati. Creo que tienes una cita.

JULIO.- (Disimulando su sorpresa.) Sí, claro. Pero ya me había dado cuenta.

PADRE.- Por supuesto.

(Pausa. De nuevo evitan sus caras.)

JULIO.- ¿Puedo poner la televisión? Ahora ponen una cosa que necesito ver...

PADRE.- Adelante, adelante.

(JULIO enciende con el mando un televisor imaginario. Se oye la locución de un documental sobre animales. La reproducción de las almejas machas o la irresistible ascensión de la secuoya gigante a lo largo de los siglos, o alguna cosa similar que, pese a no interesar en absoluto a ninguno de los dos, les mantiene pegados a la pantalla. Es posible que alguna lágrima se resbale por sus mejillas.)

(Oscuro.)

CATI preparándose para su cita. Tiene en la mano varias perchas con distintas prendas. Las observa y las cambia de sitio, cada vez más indecisa y nerviosa. Cierra los ojos y señala una, tira una moneda y se las juega a cara o cruz, prueba con distintas maneras de echar a suertes la decisión pero ninguna le convence.

CATI.- Cuándo harán monedas de diez caras... (Se sienta, harta.) ¡Julio! ¡Ven aquí!

(Entra JULIO. Es un JULIO algo distinto al habitual, quizá menos expresivo, y que seguramente da la espalda al público en todo el momento para mirar exclusivamente a CATI.)

JULIO.- ¿Sí?

CATI.- (Enseñándole distintas prendas.) ¿Cuál prefieres?

JULIO.- (Señala sin dudar un escueto vestido.) Ese.

CATI.- Bien. Descartado. (Lo aparta.)

JULIO.- ¿Algo más?

CATI.- No. Puedes irte.

JULIO.- Pues yo creo que debo quedarme. Al fin y al cabo, es conmigo con quien tienes la cita esta noche, y más vale que me tengas en cuenta hasta entonces. Además, ni siquiera soy yo de verdad.

CATI.- Muy bien. Pero no molestes. Quédate ahí sentado y no hables.

JULIO.- ¿Y por qué no te pones esto? (Saca la peluca de MARILYN.)

CATI.- ¡Basta! A estas alturas, tu padre ya te habrá informado de todo. Si te presentas a la cita, es porque estás dispuesto a salir conmigo. Sería la señal de que es verdad eso de que fue vuestra, quiero decir, nuestra mejor cita.

JULIO.- ¿Y si no es así? ¿Y si mi padre no me ha informado?

CATI.- Pues mejor, porque así pensarás que yo soy Marilyn, y tú de quien estás enamorado es de... (Le vuelve a entregar la peluca.) mierda... (Por un momento intenta cogerla, pero retira finalmente la mano.) Mira,

si no te gusto yo no hay más que hablar, porque es conmigo con quien has quedado. Y si no te gusto, desde luego no se va a acabar el mundo.

JULIO.- Soy el único que te valora...

CATI.- Esa no es razón para...

JULIO.- Y me necesitas ahora.

CATI.- ¿Ahora?

JULIO.- Sí, ahora. Porque en cualquier momento pueden llamarte y decirte que te han dado la beca, que te vas para Alemania, que te tirarás allí un año estudiando como nunca lo has hecho en tu vida porque es una oportunidad que no puedes rechazar y quedará estupenda en tu currículum, pero tienes miedo de aislarte, y de sentirte sola y de ser una inválida verbal por no hablar bien el alemán, y piensas que necesitas algo aquí, una excusa para quedarte y qué mejor excusa que una relación amorosa, de amor de verdad, sí, de verdad, tan de verdad que no puedas separarte de él, que no puedas separarte de mí.

CATI.- No pienso perder la oportunidad de mi vida por un tío.

JULIO.- Siempre admiraste a los que son capaces de dejarlo todo por amor.

(Entra GROUCHO. Dirá al público algunas de sus frases célebres.)

GROUCHO.- Lo malo del amor es que muchos lo confunden con la gastritis y, cuando se han curado de la indisposición, se encuentran con que se han casado.

CATI.- A mí ni siquiera me duele el estómago.

JULIO.- Es cuestión de tiempo. Acabarás pensando que estás enamorada.

CATI.- Eso es muy triste.

JULIO.- Pero es lo que quieres, ¿no?

CATI.- Quiero a alguien que me escuche cuando hable sola por las noches. A alguien a quien echarle broncas sin que se lo merezca sólo porque yo esté de mal humor. Quiero a alguien que se ría de mis chistes por muy malos que sean.

GROUCHO.- Por el mero hecho de existir la gente se cree con derecho a ser feliz.

(Suena el teléfono. El volumen del timbre irá creciendo progresivamente.)

JULIO.- ¡El teléfono! ¡Puede ser la beca! ¡Era hoy cuando se terminaban de revisar las solicitudes!

CATI.- No. No puede ser. No me la darán.

JULIO.- Rápido. Si te la dan, tendrás que tomar una decisión. O te quedas conmigo o te vas. Tendrás que aceptarla o rechazarla, y eso tiene que ser ya.

CATI.- No hace falta que me decida ahora: no me voy hasta el año que viene...

JULIO.- Te equivocas. Hay cientos de personas esperando que alguien caiga para ocupar tu puesto. Y necesitan saberlo ahora.

CATI.- Dios mío. No sé qué hacer. ¡Esto es horrible!

JULIO.- ¡Cógelo! ¡Cógelo!

CATI.- No, no puedo, no puedo tomar esa decisión tan rápido. ¿Qué estoy diciendo? (**GROUCHO y JULIO se van.**) Ni siquiera sé si me darán la beca. Ni siquiera sé si él y yo vamos a salir juntos. (**CATI descuelga el teléfono.**) ¿Diga? (**Pausa. Traga saliva.**) Sí, soy yo.

(Oscuro.)

XV

JULIO y CATI sentados juntos en un banco. Ríen a carcajadas, sobre todo él.

CATI.- ...Porque la cola no puede mover a la vaca... (**Él se retuerce de la risa.**) Todos a babor... Y Babor murió aplastado.

JULIO.- (Sin parar de reír.) ¡Basta! ¡Basta! ¡No puedo más! ¡No puedo más! Me encantan tus chistes, Cati, ¿te lo he dicho alguna vez?

CATI.- Nunca. De hecho, ahora no te he oído.

(JULIO se vuelve a reír. Va parando poco a poco.)

JULIO.- Tengo una cosa aquí guardada.

CATI.- ¿Dónde?

JULIO.- En mi bolsillo.

CATI.- Enhorabuena. ¿Y?

JULIO.- Es un regalo para Marilyn.

CATI.- Ya. ¿Y qué piensas hacer con él?

JULIO.- Pienso viajar a Los Ángeles y dejarlo en su tumba. Ya he comprado los billetes.

(Pausa.)

CATI.- Mentiroso...

JULIO.- No. Es broma. Es para ti.

(Es una cajita con un anillo. Se la entrega.)

CATI.- Qué emoción. Me mordería las uñas si todavía quedara algo de ellas después de tanto morderme las uñas. Esto tiene pinta de anillo. ¿No será para pedirme que me case contigo, o algo así?

JULIO.- Por supuesto que no. Ya sabes que el matrimonio es la principal causa de divorcio.

CATI.- Esa es de Groucho.

JULIO.- Por supuesto. Esto es sólo un regalo.

CATI.- Me alegro. (Lo abre.) Dios mío. Esto es demasiado. No puedo aceptarlo. Te habrá costado...

JULIO.- No te preocupes. Ahora tengo mucho dinero.

CATI.- ¿Y eso?

JULIO.- Negocios. El mes que viene voy a abrir mi video-club de cine clásico...

CATI.- ¡Felicidades! (**Observando la caja y el anillo cuidadosamente.**) Un momento. Estos anillos los diseña mi tío.

JULIO.- ¿Tu tío?

CATI.- Sí, el hermano de mi padre. (**Pensativa. Pausa. Emocionada.**) ¡Qué casualidad!

JULIO.- El mundo es un pañuelo.

CATI.- Debe ser el destino... (**Cambiando bruscamente de tono.**) No puedo aceptarlo.

JULIO.- Es sólo un regalo. No implica ningún tipo de compromiso. Ningún tipo.

CATI.- Ah, vale. (**Se lo guarda sin disimulo.**) Pero... Esto quiere decir...

JULIO.- Sí, claro...

CATI.- Ya...

JULIO.- Por supuesto... Qué bien, ¿no?

CATI.- Sí...

JULIO.- Estupendo...

CATI.- Pero no puede ser.

JULIO.- ¿Cómo?

CATI.- Que no puede ser. Me han dado la beca.

JULIO.- ¿Qué beca?

CATI.- La beca.

JULIO.- ¡Ah! La beca.

CATI.- Seguro que no te acuerdas... Te lo dije la última vez que nos vimos.

JULIO.- Sí, claro que me acuerdo. La beca esa para irte a... a...

CATI.- Alemania.

JULIO.- Felicidades.

CATI.- Gracias.

JULIO.- Parece que hemos cumplido nuestros sueños.

CATI.- Sí.

JULIO.- Nuestros sueños profesionales.

CATI.- Profesionales, sí.

JULIO.- Pues nada. Qué se le va a hacer. Fue bonito mientras duró.

CATI.- Pero si no ha empezado... Mira, Julio, y si yo...

JULIO.- Es una oportunidad estupenda. Sólo se tiene una vez en la vida. ¿Ya es seguro?

CATI.- Me han dado un día para que me lo piense.

JULIO.- No hay nada que pensar.

CATI.- ¿No?

JULIO.- No.

CATI.- Ya. Entiendo. Sí. Es una gran oportunidad. Aprenderé mucho y todo eso. Sí.

JULIO.- Porque no te puedo pedir que te quedes...

CATI.- Claro que no.

(Pausa.)

JULIO.- ¿Me escribirás?

CATI.- Tengo muy mala letra.

JULIO.- No me refiero a eso.

CATI.- ¿Entonces? **(Repentinamente ilusionada.)**
¡Claro que sí! Me conectaré todas las noches. Y empezaré siempre diciendo: «hola guapo».

JULIO.- Eso no. Me recuerda a mi padre.

CATI.- Pasearemos juntos por Nueva York.

JULIO.- **(Levantando las cejas como GROUCHO.)**
Sobre las rejillas del metro...

CATI.- Y tú harás comentarios ácidos y yo me reiré como una tonta...

JULIO.- Sí, claro. Eso no está mal, pero... ¿Me contarás alguno de tus chistes, no? ¿Y harás comentarios inteligentes, verdad?

CATI.- Ya sabes que eso a Marilyn le despeina.

JULIO.- Eso es imposible. Te contaré un secreto: usa peluca.

CATI.- Ya lo sabía...

**(Se van acercando el uno al otro, como para besarse.
Ella para bruscamente.)**

CATI.- ¿Y qué pasará cuando vuelva?

(Se apartan el uno del otro.)

JULIO.- ¿Cuándo vuelvas?

CATI.- Tienes razón: es mejor no pensarlo.

JULIO.- Sin duda.

CATI.- Claro que sí.

JULIO.- Mejor. Nos veremos en la red.

CATI.- En la red.

(Oscuro.)

XVI

GROUCHO.- La parte contratante de la primera parte es igual a la parte contratante de la segunda parte.

MARILYN.- Eso no tiene gracia.

GROUCHO.- Pero es algo que dice Groucho Marx.

MARILYN.- Pero se supone que Groucho Marx es un tipo gracioso.

GROUCHO.- Pues lo siento, porque esto es lo que hay.

MARILYN.- Pues nada. Oye, que esto no marcha.

GROUCHO.- ¿No?

MARILYN.- No.

GROUCHO.- Pues vaya. La verdad es que a estas alturas no tengo muy claro que esta sea una buena manera...

MARILYN.- Yo pensaba que sí.

GROUCHO.- Si. Y yo pensé que por probar...

MARILYN.- No perdíamos nada.

(Pausa.)

GROUCHO.- Oye, ¿sigues ahí?

MARILYN.- Sí. Es que ya sabes, no quiero que me vean chateando en el trabajo.

GROUCHO.- ¡Pero Emilio, hombre, que tú eres el jefe! ¿Eres el puto director del banco y tienes miedo de que alguien te pille chateando?

MARILYN.- Sí. ¿Algún problema?

GROUCHO.- Ninguno... ¿Quién dices que te recomendó esto?

MARILYN.- Julio.

GROUCHO.- ¿Julio?

MARILYN.- Sí. Mi amigo Julio.

GROUCHO.- Ah, un amigo...

MARILYN.- Sí...

GROUCHO.- Ya. ¿Y no sería más lógico que yo llevara el nick de Marilyn y tú el de Groucho?

MARILYN.- No, no, no, en absoluto. Esto es lo mejor.

GROUCHO.- Pues no sé, Emilio, no sé. No estoy muy convencida de que esto nos sirva...

MARILYN.- Deja de llamarme Emilio. Tienes que llamarme Marilyn.

GROUCHO.- Ah, muy bien. Estupendo. **(Pausa.)** ¿Y qué llevas puesto, Marilyn?

(Pausa.)

MARILYN.- Esa pregunta no se le hace a una dama.

GROUCHO.- Tú no eres una dama. **(Pausa.)** Tú eres un bomboncito helado...

MARILYN.- Eso se lo dirás a todas...

GROUCHO.- Sólo a las que se dejan engañar.

MARILYN.- Es usted muy malo...

GROUCHO.- Sí, pero sólo de lunes a viernes. El resto soy mucho peor. ¿Quedamos el sábado, muñeca?

MARILYN.- ¿Me dejarás acariciar tu bigote?

GROUCHO.- Podrás llevártelo a casa de recuerdo si quieres...

MARILYN.- Oye.

GROUCHO.- Qué.

MARILYN.- Esto funciona.

GROUCHO.- La verdad es que a mí también me gusta.

MARILYN.- No, no, quiero decir que esto funciona.

GROUCHO.- ¿En serio?

MARILYN.- Tan cierto como que me llamo... Tan cierto como que tengo nombre.

GROUCHO.- No me lo puedo creer: ¡nuestro matrimonio está salvado!

MARILYN.- Te quiero.

GROUCHO.- No es la hora.

MARILYN.- Ya. Pero me ha salido del alma. ¡De repente me gusta el riesgo!

GROUCHO.- Esto es genial.

MARILYN.- ¡Esto es mejor que la subida del Ibex 35!

GROUCHO.- Sólo tengo una pregunta.

MARILYN.- Adelante, mi amor.

GROUCHO.- ¿De qué conoces a Julio?

(Oscuro.)

Epílogo

Luz sobre JULIO. Al público.

JULIO.- Mi madre murió un año después de todo esto. Hace ahora cinco años. Mi padre y yo no discutimos nunca más en su presencia. Y a veces hasta hablábamos. Ella decía que tanta paz hacía la vida un poco aburrida... Pero creo que en el fondo estaba contenta. De hecho, sus últimas palabras fueron: «me vais a matar de risa, cabrones». Después lloramos. Cada uno en un rincón, pero lloramos. Después, mi padre y yo decidimos que nos llevaríamos mejor y nos relacionaríamos más. Pero, claro, es que estamos muy liados...

(Luz sobre el PADRE. Al público.)

PADRE.- Con el bar.

JULIO.- Con el video-club...

PADRE.- Es lo que tiene.

JULIO.- Pero yo lo tengo muy claro: el día que tenga tiempo hablaré con mi padre. Así lo quería mi madre, ¿no?

PADRE.- El día que esté menos liado, charlaré con mi hijo. Una conversación de padre a hijo. Como las de las series de la tele.

JULIO.- Sé que mi padre me quiere. ¿Quién no me va a querer a mí?

PADRE.- En el fondo el chico me adora... Digo yo.

(Oscuro sobre el PADRE. Luz sobre CATI. Al público.)

CATI.- Cuando volví de Alemania las empresas se mataban por tenerme en sus plantillas... como becaria. Seis meses y a la calle. Mi padre me ofreció trabajo en su banco, pero lo rechacé.

JULIO.- Cati y yo estamos juntos.

CATI.- No es como por Internet, pero tampoco está mal...

JULIO.- ¿Verdad que no?

CATI.- Trabajo en su video-club. No cumple mis expectativas profesionales, pero por lo menos sé que no dependo de mi padre.

JULIO.- (**Encogiéndose de hombros.**) Incluso en una pareja debe haber secretos...

CATI.- Pasamos mucho tiempo juntos...

JULIO.- Es un buen invento lo de tener pareja fija. Y no lo digo sólo por lo de la píldora.

CATI.- Yo prefiero llamarla «la tarifa plana»...

JULIO.- Es bonito tener a alguien en quien poder volcar tus frustraciones y a quien culpar de tus problemas. Y que haga lo mismo contigo y no importe.

CATI.- Tener pareja es bonito cuando fuera, en la calle, llueve.

JULIO.- Cuando llueve es cuando viene más gente al video-club.

CATI.- Ahora vienen muchos: hemos ampliado.

JULIO.- Ahora tenemos también cine contemporáneo.

CATI.- Con títulos como «Dos pirados en apuros 3».

JULIO.- O «Venganza final 5».

CATI.- El cine clásico se ha reducido a una estantería en el rincón más oscuro de la tienda.

JULIO.- Corrección: los aficionados al cine clásico tienen el privilegio de disfrutar del espacio más acogedor e íntimo de nuestro selecto video-club.

CATI.- ¿Te refieres al cuartito del porno?

JULIO.- No cambiemos de tema: la lluvia.

CATI.- Eso. La lluvia. Cuando llueve es cuando viene más gente al video-club.

JULIO.- Eso ya lo he dicho yo.

CATI.- Tú te callas, que estoy hablando yo.

JULIO.- Sí, pero sólo repites lo que yo digo.

CATI.- Decía: llega mucha gente cuando llueve.

JULIO.- Entran y se relajan.

CATI.- Buscan su película y se la llevan.

JULIO.- Como hacen todos. Llueva o no llueva.

CATI.- Pero ahora mucho más despacio.

JULIO.- Se toman su tiempo. Y algo cambia. Ya no saludan.

CATI.- Sólo dicen: «joder, cómo llueve».

JULIO.- Lo cual es mucho más humano que decir «buenos días» y «gracias».

CATI.- Eso también lo dicen las máquinas de tabaco.

JULIO.- Y las máquinas de tabaco nunca dicen «joder, como llueve».

CATI.- Por lo menos, no en público.

JULIO.- Sin embargo, luego salen a la calle, y ni siquiera se miran entre ellos.

CATI.- La gente corre como si no existiera nadie más.

JULIO.- Y nosotros sentimos que el video-club es un sitio especial.

CATI.- Porque allí la gente dice lo que siente: «joder, cómo llueve».

JULIO.- Y nosotros, en los momentos en los que no hay nadie, nos decimos lo que sentimos.

CATI.- Fracasado.

JULIO.- Amargada.

CATI.- Egoísta.

JULIO.- Caprichosa.

CATI.- Paranoico.

JULIO.- Histérica.

CATI.- Te quiero.

JULIO.- Te quiero.

CATI.- No es que seamos masoquistas.

JULIO.- Pero ya no nos sentimos solos.

CATI.- Como la gente que corre bajo la lluvia corriendo hacia su casa...

JULIO.- ...para encerrarse en ella a ver nuestras películas.

CATI.- No. Ya no nos sentimos solos.

JULIO.- Siento que alguien a mi lado me quiere.

CATI.- Ya no necesito que me quieran. Porque sé que alguien me quiere.

JULIO.- Cursi.

CATI.- Hortera.

JULIO.- Ya lo dijo Groucho: el verdadero amor sólo se presenta una vez en la vida... y luego ya no hay quien se lo quite de encima.

(Oscuro.)

FIN